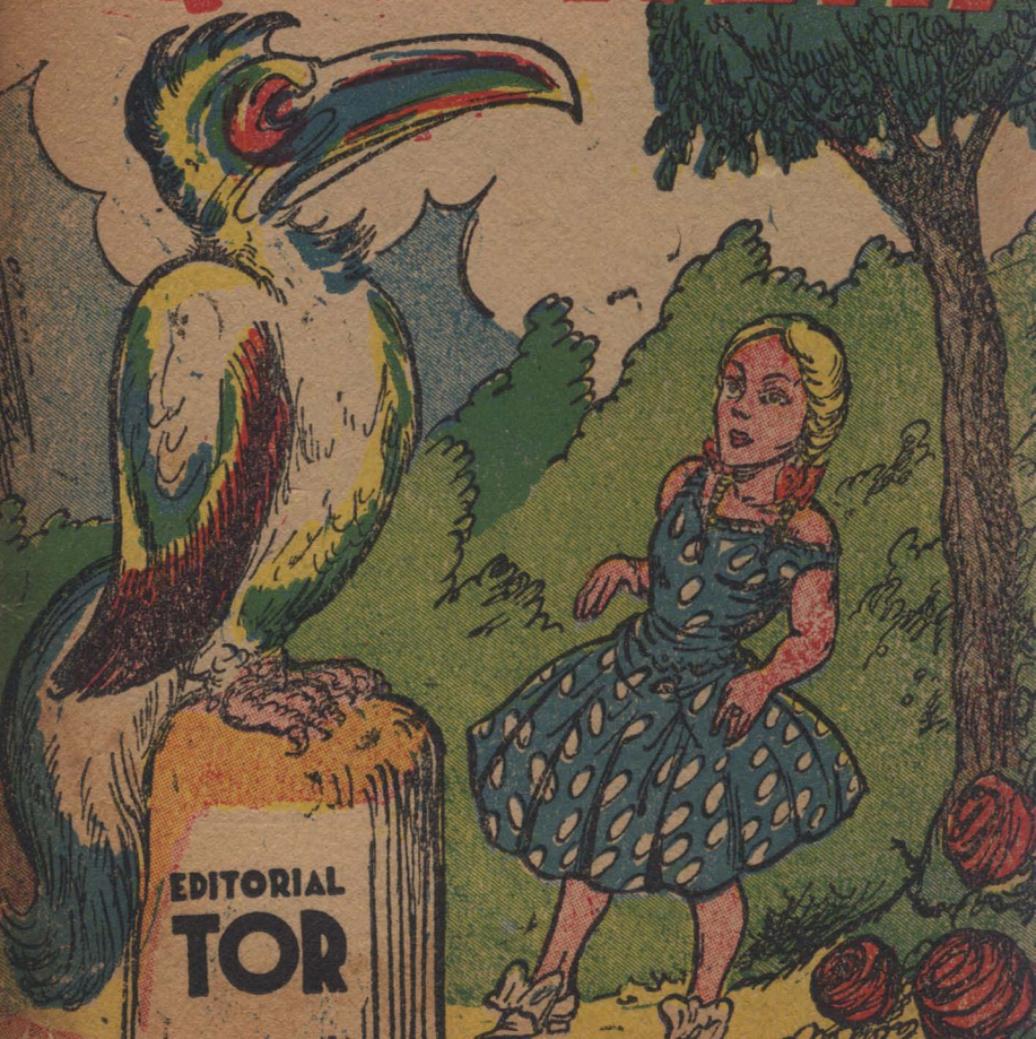


# EL PÁJARO QUE REÍA

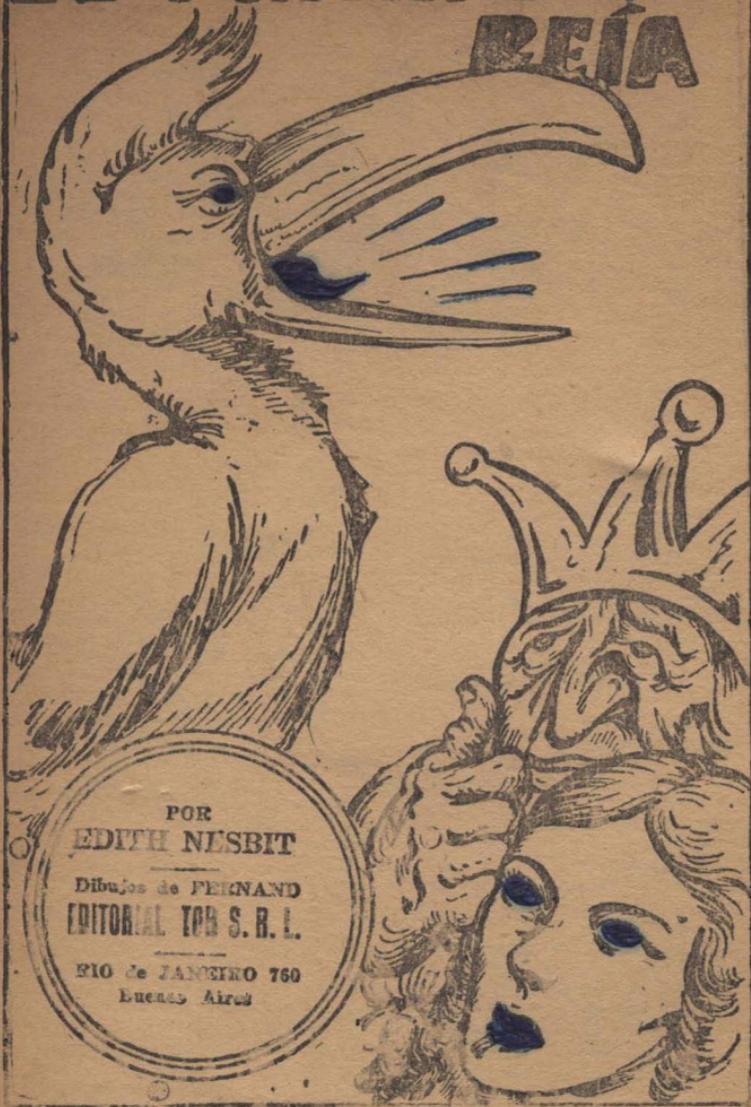


EDITORIAL  
**TOR**



00163289

*Alborta*  
**EL PAJARO que REÍA**



POR  
**EDITH NESBIT**  
Dibujos de FERNAND  
**EDITORIAL TOR S. R. L.**  
RIO de JANEIRO 760  
Buenos Aires

**EDITORIAL TOR**  
Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000 cap. 1  
Rio de Janeiro 760 — Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Capercita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino e hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolásn
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aiadino
- 67 Genoveva de Brabanta
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del papirano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

# EL PÁJARO QUE REÍA

## I

### *La niña descontenta*



ATILDE era una niña que siempre rezongaba. No estaba satisfecha con su suerte, y a todo le ponía reparos.

Aquella mañana tenía las orejas y los cachetes colorados y relucientes. También tenía coloradas las manos. ¿Y saben por qué? Pues porque Felisa, su institutriz, acababa de lavarla; pero no de esa manera habitual que la deja a una limpia y satisfecha, sino en forma minuciosa, una limpieza a fondo, en fin, de esas que producen tal ardor, que la infeliz víctima desearía ser un niño salvaje para no saber nada de agua y jabón y poder correr medio desnudo en plena naturaleza, sin pensar en institutrices ni maestras. Y Matilde aquel día hubiera querido pertenecer a la tribu más salvaje de las tribus.

—A los niños que no son civilizados —decía— no les lavan con tanto cuidado las orejas, ni les ponen vestidos que tiran por debajo de los brazos y pinchan en el cuello. ¡Verdad, Felisa, que no les hacen eso a los niños salvajes?

—¡Qué tonterías dices! —exclamaba la institutriz. Y luego añadía—: ¡A ver si te estás quieta, que no te puedo arreglar!

En realidad, la chica tenía razón cuando decía que a los pequeños salvajes no les obligan a llevar vestidos estrechos y no los lavan exageradamente, ni los peinan, ni los calzan, ni, mucho menos, les encasquetan un sombrero fastidioso para llevarlos en ómnibus a Villaseria, a ver a la tía abuela Margarita.

Y ésta era la triste suerte de Matilde, de acuerdo con lo que había dispuesto su madre.

## II

### *La equivocación*

Una vez que estuvo abrochado el último botón de las botas de Matilde, ésta sintió que le hacían descender las escaleras a toda velocidad y la sentaban en una silla del vestíbulo, a esperar que Felisa, que era la autora de todo esto, se emperifollase bien.

—No tardaré ni un minuto --le había dicho a la niña.

Pero ésta ya sabía cómo eran los minutos de la institutriz, y se acomodó en la silla con las piernas colgando y en una postura lastimosa. Además, su cara daba pena. Y es que se había puesto a pensar en el programa del día.

*Matilde era una  
niña que siempre  
rezongaba.*



Yo, que también he sido chica, reconozco que las personas mayores no se dan cuenta de lo fastidioso que se ponen con tales preguntas. Imagínense, por ejemplo, que Matilde le contestara a su tía abuela:

—Soy la primera de mi clase, he sacado los principales premios y he sido muy buena en todo momento. Pero ocupémonos un poco de usted, tía. Dígame: ¿Cuánto dinero tiene ahorrado? ¿Se ha enojado mucho con las sirvientas? ¿Ha procurado mostrarse tolerante y complaciente, como debe ser toda persona mayor?

Ensayen este método con una tía de ustedes en la primera oportunidad que se les ofrezca, y escribanme en seguida, definiéndome la cara que pone.

Matilde sabía de memoria cuáles iban a ser las

preguntas que le iba a hacer su tía abuela, y también sabía que en cuanto ella contestará, le daría un bollito y poco después le dirían que se fuese con Felisa al baño para que le lavara otra vez la cara y las manos.

Mientras pensaba en esto, Matilde se rebullía en su asiento. Si se hubiera sentido más cómoda, se hubiera puesto a llorar, pero el vestido nuevo le apretaba tanto, que ni llorar la dejaba.

Cuando por fin se presentó Felisa, dispuesta a llevarla, le dijo:

—¡No te da vergüenza de poner esa cara de niña aburrída?

—Sin embargo, no lo estoy —dijo Matilde.

—Sí que lo estás —le replicó la institutriz—. No sabes apreciar tu suerte. Más de cuatro niñas quisieran estar en tu lugar.

—Si tía Margarita fuese tía de usted, no hablaría así.

—¡Calla, descarada! —le gritó Felisa, tomándola fuertemente de un brazo y saliendo con ella a la calle.

### III

#### *El extraño conductor*

El ómnibus que tomaron Matilde y su institutriz era un ómnibus verde y dorado, muy nuevo y tirado por lindos caballos. En los asientos había unos almohadones, verdes también, y muy blanditos.

En el vehículo no había más pasajeros que la niña y Felisa.

Apenas arrancó el vehículo, Matilde empezó a



*Tirado por lindos caballos.*

sentirse más a gusto, sobre todo cuando consiguió arrancar un respunte del hombro, con lo que el vestido le quedó un poco más holgado.

Entonces le dijo a su acompañante:

—Siento haberme enojado con usted, Felisa.

—Me alegro mucho —contestó la institutriz, sin agregar que también sentía haberse encolerizado.

Aquél no era el ómnibus que debían haber tomado. En lugar de ir dando barquinazos por calles largas y polvorientas, como hacía el que las llevaba a Villaseria, iba suavemente, por una verde pradera llena de árboles y macizos floridos.

Tan encantada estaba Matilde con el viaje, que no se movía, cosa muy rara en ella. En cuanto a Felisa, como estaba enfrascada en la lectura de un novelón, no se había enterado de nada.

—Este no es nuestro ómnibus —se dijo Matilde—, pero yo no se lo digo a Felisa, pues lo haría parar quieras que no y tendríamos que des-

cender aunque no supiéramos dónde nos encontrá-  
bamos.

En eso paró el ómnibus sin que nadie lo chista-  
ra. La institutriz se guardó la novela en el bolsi-  
llo y saltó afuera con la niña.

—¿Pero qué es esto? —exclamó, al reparar en  
el paisaje.

Se dirigió corriendo al pescante, y lo primero  
que le llamó la atención fueron los caballos. En  
lugar de unos pobres animales oscuros, flacos y  
llenos de mataduras, se encontró con unos potros  
blancos de linda estampa y larga cola.

—Oiga —le dijo al conductor—. Nos ha traído  
usted a un sitio equivocado. Esta no es Villase-  
ria ni mucho menos.

—Me temo —contestó amablemente, sacándose  
el sombrero— que se habrán equivocado ustedes  
de ómnibus.

—Así parece —contestó la institutriz—. ¿Y  
cuándo regresa?

—Nunca. Este ómnibus no hace viajes de re-  
greso. Sale de la ciudad una vez al mes, pero no  
vuelve.

—Sin embargo, tendrá que ir allá, aunque nada  
más sea que para volver a salir.

—De ninguna manera. Para cada viaje, se em-  
plea un ómnibus nuevo.

—¿Y qué hacen con los ómnibus usados?

—Nadie lo puede saber de antemano, pues hoy  
las cosas cambian tan rápidamente... Y disculpe,  
pero tengo que seguir el viaje.

—Bueno, sírvase —le dijo Felisa, alargándole  
unas monedas.

—De ninguna manera —contestó el conductor  
—. Este ómnibus no cobra.

Y chasqueando el látigo, hizo salir el vehículo a toda velocidad.

#### IV

### *El pueblo extravagante*

Decididamente, aquello no era Villaseria. Lo confirmaron tan pronto echaron una mirada a su alrededor.

Se encontraban en un pueblo raro; posiblemente, el más limpio, agradable y lindo del mundo.

Se pusieron a recorrer las calles, y notaron que los comercios tenían algo de estrafalario. Sus letreros, por de pronto, no indicaban lo que en ellos se vendía. Por ejemplo, allí donde decía "Ferretería", ofrecían en su vidriera pasteles y masitas; donde decía "Panadería", vendían cochecitos

*Enfrascada en la  
lectura...*



para niños, y una vidriera en la que se leía claramente "Modista", estaba llena de salchichas y jamones.

—¡Qué país más lindo y ocurrente! —dijo Matilde—. Me alegro que nos hayamos equivocado de ómnibus.

En eso un niño de pocos años, vestido con delantal amarillo, se acercó a las forasteras y les dijo:

—Lo siento mucho, pero todo visitante que llega debe ser conducido de inmediato a presencia del rey. Hagan el favor de seguirme.

—¡Un momento! —exclamó Felisa—. ¿Tú quién eres?

—Yo —contestó el niño, haciendo una profunda reverencia— soy el primer ministro.

—¿Tú, el primer ministro? —exclamó la institutriz asombrada.

—Ya sé que no lo parezco —signió diciendo el niño—, pero no olvide que muchas veces las apariencias engañan. Posiblemente mañana volveré a tomar mi figura verdadera.

—Debe de ser muy lindo eso de jugar al ministerio —dijo la niña—. ¿Me dejarán jugar también a mí?

El chico frunció el ceño y dijo en tono tan severo que hasta la misma Felisa se sobrecogió un poco:

—Les intimo a que vengán inmediatamente. El palacio del rey queda por este lado. ¡Siganme!

*En presencia del rey*

El niño echó a andar, y Felisa, poco acostumbrada a obedecer órdenes de chicos, se negó a seguirlo, pero Matilde, dando un salto, se zafó de la mano de la institutriz y se fué tras del diminuto primer ministro. Como es natural, a Felisa



*Y, chasqueando el látigo...*

no le quedó más remedio que seguirlos, sin dejar de rezongar.

El palacio real se levantaba en medio de un ancho parque lleno de flores de color blanco.

Apenas Matilde y Felisa entraron en el salón de audiencia, el rey salió a su encuentro.

—Agradezco su visita —les dijo—, y me imagino que se hospedarán aquí en palacio. Si no traen equipaje, no importa. Algún vestido viejo de la princesa les quedará bien.

En aquel momento se oyó una risa destemplada que nadie supo de dónde venía.

—Esa señora me imagino que será su institutriz —le dijo el monarca a Matilde, señalando a Felisa.

—Sí, señor —contestó la niña—. ¿Pero qué es eso?

Esta pregunta de asombro la profirió Matilde porque su institutriz estaba experimentando un cambio terrible. Y al terminar de lanzar la breve frase, de la primitiva Felisa sólo quedaban los zapatos y el volado inferior de la pollera.

—Tu institutriz —le dijo el rey a Matilde— se ha convertido en máquina automática.

En efecto, allí, de pie, junto a la niña, en lugar de Felisa, había una de esas máquinas que a cambio de una moneda largan un chocolatín. Sin embargo, no eran chocolatinas los que se veían a través del cristal, sino unos papelititos enrollados.

El rey le alcanzó a Matilde unas monedas, ésta echó una dentro de la máquina y tiró de la manija. Se oyó el ruido de engranajes y apareció un papel en el platillo. Matilde lo desenvolvió y leyó: “Calla, descarada”. Repitió la suerte, y el papelito que entonces sacó decía: “Si no te quedas quieta, se lo digo a tu mamá en cuanto llegue”.

—Como ves —le dijo el rey—, tu institutriz se ha convertido en una máquina de retar. Pero no te aflijas, que mañana será otra cosa.

*La princesa*

Una sirvienta muy linda y muy amable condujo a Matilde al aposento de la princesa. Para ello le quitó el vestido que tanto le molestaba y le puso



*Y una vidriera en la que se leía...*

un delantal de seda verde tan suave que parecía hecho de finísimas plumas.

—Y ahora querrá ver a la princesa, ¿no es cierto? —le preguntó la sirvienta.

—En efecto —contestó la niña, que era muy curiosa.

—¡Pues, andando! Pero, ¡mucho cuidado! No se vaya a lastimar con ella. Es muy afilada.

Matilde no sabía a qué venía eso, pero no se atrevió a hacer preguntas. La sirvienta la guió por varios pasillos de mármol, la hizo bajar por muchas escaleras y por último se encontraron en un jardín lleno de rosas blancas, en medio del cual estaba la princesa, vestida de blanco también y sentada sobre un almohadón rosa, grueso como un colchón de plumas.

Al ver a la niña se levantó. Parecía una vara y media de cinta hilera, sostenida sobre uno de los extremos y un poco encorvada.

—¿Cómo está usted? —le preguntó Matilde.

—Ya lo ves, hija. Bastante delgada, gracias a Dios.

La princesa invitó a la niña a sentarse en el almohadón donde ella misma había estado descansando.

—Tengo que andar con mucho cuidado para no partirme —le dijo—; por eso es tan suave este asiento. Tampoco puedo jugar, por miedo de que me ocurra un accidente. ¿Conoces algún juego en que se pueda estar sentada?

Como Matilde no conocía otro juego de esa clase que el de la cunita, se lo enseñó a la princesa, y las dos se pusieron a jugar sentadas en el almohadón. Y mientras jugaban, la niña miraba en torno suyo, admirándose de todo. Lo que más le



—Les intimó a que vengan...

llamó la atención fué un pájaro grandote que estaba dentro de una jaula. Esta era de tales dimensiones que ocupaba todo el lado del jardín.

## VII

### *El cacatucán*

El pajarraco que tanto admiraba Matilde tenía una cresta amarilla como la de las cacatúas y un largo pico como el de los tucanes.

—¿Qué pájaro es ése? —le preguntó a la princesa.

—Es un cacatucán, mi pájaro favorito. Si se muriera o lo robasen, éste dejaría de ser el País de la Tierra Verde, como le llaman, pues todo se volvería mustio. Y ahora vete, pues tus preguntas me han fastidiado mucho y debo descansar.



*Los dos contendientes se enfrentaron*



la expectación de los que acudieron...

La sirvienta acompañó a Matilde hasta un magnífico salón lleno de juguetes, con los que se entretuvo hasta la hora del té, que tomó en compañía del rey.

—Tierra Verde —le contó éste, mientras untaba una tostada con manteca— era un país muy agradable. Todavía tiene sus encantos, pero antes los tenía mayores. La culpa de todo es del cacatucán. Y lo peor es que no nos atrevemos a matarlo ni a echarlo a escobazos.

—¿Y por qué tiene la culpa el pajarraco ese?

—Porque es el pájaro que ríe, único en el mundo. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que cada vez que larga una carcajada, ocasiona un cambio. Por ejemplo, mi primer ministro, que era un hombre que no cabía por esa puerta, ahora es tan pequeñito, que lo puedo levantar con una sola mano.

—¿Entonces, mi institutriz?...

—Se convirtió en máquina automática porque el cacatucán lanzó una carcajada apenas la vió.

—¿Y qué le dan de comer?

—Roscas de Reyes del año pasado. ¡Pero ni por ésas! Es capaz de reírse aunque se le alimente con porotos crudos. ¡Y nos ha dado cada chasco!... Figúrate que un día que había acuerdo de ministros, éstos se convirtieron de pronto en niños de pecho con babero y todo. Y no podemos dictar ningún decreto hasta que no recobren su forma primitiva, pues, como son tan chiquitos, se ven imposibilitados de presentar su renuncia y, por lo tanto, no los puedo reemplazar.

—¿Qué broma!

—Tú lo has dicho. Y ésa no fué la peor. La peor fué cuando, habiendo aparecido aquí un dragón,



*Había una de esas  
máquinas...*

yo ofrecí la mano de la princesa y la mitad del reino al que matara al monstruo, que es lo que se suele hacer en tales casos. Bueno, pues de tierras lejanas llegó un príncipe joven y apuesto, dispuesto a pelear con el dragón. Los dos contendientes se enfrentaron ante la expectación de los que acudieron a presenciar la singular lucha; el príncipe desenvainó su espada y se tiró a fondo, y cuando todos dieron un grito, el cacatucán se echó a reír y el dragón se convirtió en un miserable gato de albañal, con lo que el héroe quedó en la desairada

situación de aparecer ante todos, con un gato atravesado por su acero. Yo, para consolarlo, le dije que de todas maneras, le concedería la mano de la princesa, y me lo traje a palacio, pero apenas entramos, el cacatucán lanzó otra de sus destempladas careajadas y la princesa se convirtió en una vieja institutriz.

—¡Qué fea quedaría!

—¡Imagínate! El príncipe, al verla, salió corriendo y no paró hasta atravesar la frontera. Menos mal que a los dos o tres días, mi hija volvió a tomar su figura natural!

## VIII

### *La inteligencia de Matilde*

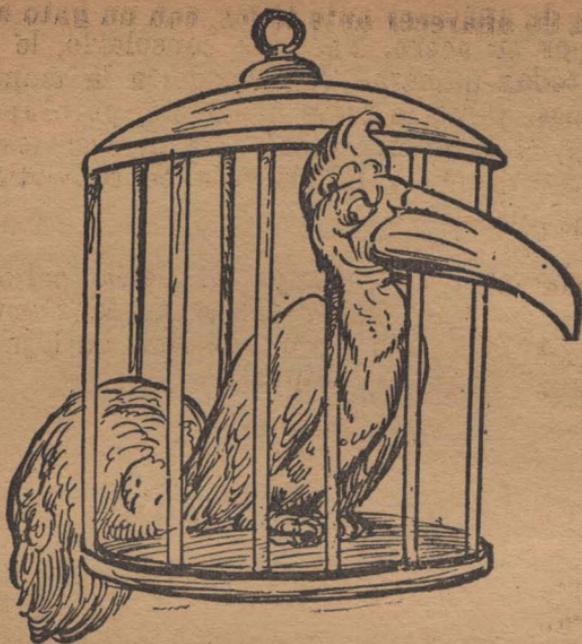
—Siempre cuento estas cosas desagradables a los extranjeros —continuó el rey— por si entre ellos encuentro alguno lo suficientemente inteligente para poder ayudarme. Tú, que eres una niña tan simpática, ¿no serás también inteligente?

—En realidad, no me tengo por inteligente —dijo Matilde, pues le parecía feo mentir ante un rey.

Pero de pronto el sonido de una careajada atravesó el comedor. Entonces la niña se llevó las manos a la cabeza, y dijo:

—¡Ay, qué cambiada me siento! Noto que me voy volviendo inteligente. Me voy a acostar, y me parece que mañana tendré inteligencia bastante como para serle útil en sus tribulaciones, siempre que el pajarraco ese, riéndose otra vez, no vuelva a convertirme en la Matilde de antes.

Efectivamente, al otro día, tan pronto se levanta



—Es el pájaro que ríe.

tó, sintió la niña en su cerebro una lucidez extraordinaria. Pero cuando bajó para desayunarse, mientras combinaba proyectos para ayudar al rey, se dió cuenta de que el cacatucán se habría reído varias veces durante la noche, pues el palacio había quedado convertido en una carnicería, y el rey estaba ocupado en despachar medio kilo de costillas de cordero para una niña que llevaba una canasta.

—No sé en qué podrás ayudarme ahora —le dijo el monarca a Matilde tan pronto la vió—. Mientras el palacio no sea otra cosa que una carnicería, yo tampoco podré ser otra cosa que un car-

nicero. Lo único que puedes hacer, es llevarme las cuentas del fiado hasta que el pájaro se ría de nuevo y me devuelva a mi real condición.

Matilde llevaba los libros, llenaba las facturas y no lo pasaba tan mal que digamos.

Felisa, que seguía convertida en máquina automática, estaba en el negocio y atraía a no pocos clientes que solían llevar a sus chicos para que echasen una moneda que la institutriz recompensaba con un reto por escrito.

Hasta que un día en que el rey fué en coche a un país vecino, el monarca de éste se asomó a una de las ventanas de su palacio y cuando aquél pasaba se echó a reír y le gritó:

—¡Carnicero!

El aludido no le hizo mucho caso: pero se sintió apenado cuando el otro agregó:

—¿A cuánto vendes la carne de gato?

Y se sintió apenado porque no era carne de gato lo que vendía, sino de primera clase.

Cuando de regreso a su casa se lo contó a Matilde, ésta le dijo:

—Debe declarar la guerra a ese rey burlón, y mandarle lo mejor de sus ejército, para aniquilarlo.

El rey así lo hizo, y el enemigo fué derrotado.

Entonces el pájaro se rió de nuevo, y el monarca recuperó su palacio y volvió a sentarse en el trono.

Esto ocurrió el mismo día en que el rey había decretado fiesta nacional para que el pueblo pudiera recibir a las tropas que regresaban triunfantes.

—Hace falta tomar una determinación —dijo el rey.



*Se convirtió en un  
miserable gato...*

—Es cierto —respondió Matilde—. ¿Por qué no me nombra institutriz de la princesa? Ahora me siento inteligente como nunca.

—Para ello debo abrir el Parlamento. Hace falta la correspondiente ley.

Y salió corriendo para hacer lo que decía, pero en eso el pájaro asomó la cabeza y lanzó una estridente carcajada. Y mientras él corría, su corona aumentaba de tamaño, y de oro que era se volvió de hierro, y sus piedras preciosas se convertían en pedazos de vidrio de botella. Sin embargo, siguió adelante, exclamando:

—No hay pájaro que me desvíe del deber.

Tan fatigado estaba cuando llegó al Parlamento, que no atinaba a dar con la llave para abrirlo. Violentó la cerradura y ni por ésas. Y así fué como, ante la imposibilidad de abrir las Cámaras, los diputados y senadores salieron a la calle y empezaron a echar discursos en las esquinas, entorpeciendo el tránsito.

El desdichado rey regresó a su casa y se echó a llorar.

## IX

### *Buscando la causa*

—Esto es demasiado —decía el pobre soberano a la chica, entre sollozos—. Tú, que siempre me has consolado, ¿no encuentras remedio a mi dolor? Si eres tan inteligente como dices, ha llegado el momento de que hagas algo por mí.

—Está bien —dijo Matilde—. Permítame que ande de noche por ahí, a ver si descubro la causa de la risa del cacatucán. Si lo consigo, ya encontraremos la manera de que las carcajadas no se repitan.

Aquella noche, cuando la chica se acostó, procuró no dormirse. Esperó a que en el palacio reinara el silencio, y después, deslizándose de manera que nadie la pudiera ver, salió al jardín donde estaba la jaula del pájaro, y se escondió detrás de unos rosales, atenta a lo que pudiera ver y oír.

Nada de particular ocurrió hasta que al amanecer se despertó el cacatucán. Cuando los primeros rayos del sol alumbraron las torres del palacio, alguien se acercó a la jaula: era la princesa.

Como era tan delgada, pudo fácilmente escurrirse entre los barrotes y, acercándose al pajarraco, le hizo cosquillas debajo de las alas, hasta que éste lanzó una carcajada. Inmediatamente salió y, deslizándose para que nadie la viera, volvió a su aposento.



—Me estoy volviendo  
inteligente.

Después de haber presenciado esto, Matilde se fué a acostar. Y cuando se levantó vió que todos los gorriones se habían vuelto caballos de tiro.

## X

### *La confesión de la princesa*

Cuando Matilde fué, como de costumbre, a jugar con la princesa, le preguntó:

—¿Por qué está usted tan delgada?

—Es una historia triste, muy triste —contestó

la hija del rey—. Antes yo era tan gordita como usted.

—¿Y por qué no lo es?

—Porque se negaron a darme todos los días mi budín favorito.

—¿Cuál?

—El de pan con leche espolvoreado con hojas de rosa y ralladuras de manzana.

Matilde se fué a contárselo todo al rey, quien dió orden, por su cuenta, de que le hicieran a la princesa su budín favorito. Y en adelante toda la corte lo tuvo que comer diariamente.

Con el nuevo régimen la princesa se ponía cada vez más gruesa y sonrosada. Tuvo que abandonar sus vestidos de papel de seda, y más tarde tuvo que dejar los que antes le andaban anchos, y después los que había usado Matilde. Finalmente se mandó hacer ropa nueva y a medida que iba aumentando de peso, se iba volviendo cariñosa al punto que Matilde llegó a sentir verdadero afecto por ella.

## XI

### *La promesa*

El cacatucán se pasó un mes entero sin reírse.

Cuando la princesa llegó a tener el cuerpo de una verdadera princesa, Matilde se le acercó un día y, echándole los brazos al cuello, la besó con cariño. La hija del rey correspondió a esta muestra de afecto y le dijo:

—Siento mucho lo que ha ocurrido por mi culpa. Antes lo sentí también pero no me atrevía a confesarlo. Ahora sí, pues me siento con otro ánimo. Sabrás, querida Matilde, que el cacatucán se



*El enemigo fué derrotado.*

rie únicamente cuando le hacen cosquillas. Y no solamente eso, sino que detesta la risa.

—No le volverá usted a hacer cosquillas, ¿no es cierto?

—¡Claro que no! ¿Por qué he de hacérselas? En cambio, cuando estaba delgada, todo me daba risa y me fastidiaba cuando otros estaban contentos. En cambio, ahora deseo ver solamente a gente feliz.

—¿Y cómo pueden ser felices —preguntó Matilde con severidad— los que están convertidos en lo que no son y no quieren ser? ¿No podría ese horrible pajarraco volver las cosas a su anterior condición?

—¡Imposible! —exclamó la princesa, deshecha en lágrimas—. Una vez me dijo que cuando se reía podía hacer cambiar las personas y las cosas una o dos veces, a su voluntad, pero que después, si volvía a reírse, se transformaban en cosas que ni él mismo sospechaba.

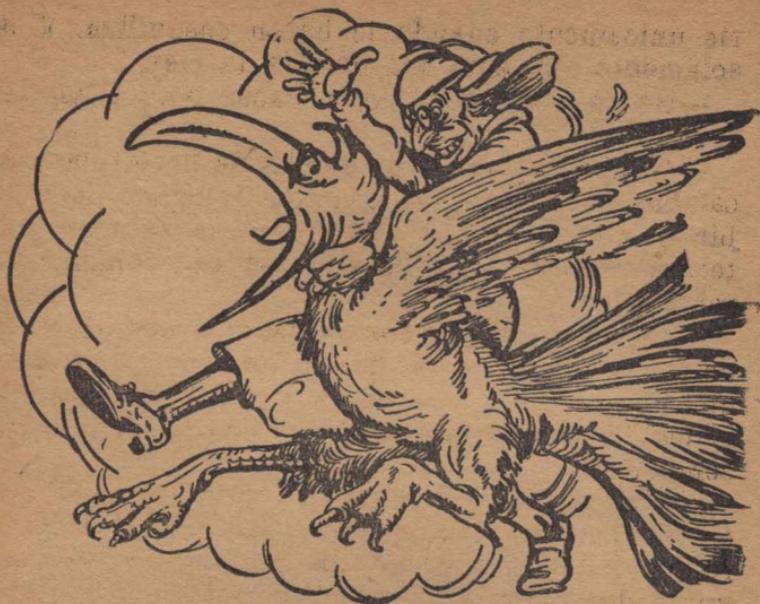
—¿Pero es posible que no haya manera de que todo vuelva a su primitiva condición?

—Hay una manera, pero resulta imposible.

—¿Qué manera es?

—La de conseguir que el cacatucán se ría de nuevo, pero al revés. El me dijo una vez que en eso estribaba todo, pero yo no sé lo que es ni cómo hay que hacer para conseguirlo, ¿usted lo sabe?

—No, pero le diré una cosa bajito, porque nos está escuchando. Felisa, mi institutriz, sabe eso, pues muchas veces me amenazó con hacerme reír al revés, aunque nunca llegó a hacerlo. Y se me está ocurriendo una cosa...



*Y ante la corte estupefacta...*

## XII

### *La risa al revés*

La princesa y Matilde se pusieron a cuchichear por lo bajo, tan por lo bajo, que el cacatucán, que estaba atento a la conversación, no alcanzó a entender nada de lo que decían.

Luego la princesa dió una orden a unos sirvientes, y minutos más tarde se oyó un rechinar de ruedas.

Cuatro hombres entraron en el jardín conduciendo una máquina de color rojo de gran tamaño. Se acercaron a la jaula y la dejaron frente

pajarraco que ante aquel adefesio, se puso a hamacarse rabiosamente.

—¿Por qué habrán traído ese horrible armatoste delante de mi jaula? —se dijo—. Si ahora alguien me obligase a reír, lo único que cambiaría sería esta espantosa máquina. ¡Qué fea es y qué mal queda aquí!

Mientras así meditaba el pajarraco, la princesa abrió la puerta de la jaula con la llave del primer ministro, se deslizó hasta donde estaba el cacatucán y le hizo cosquillas debajo de las alas.

El ave, terriblemente fastidiada, fijó sus fatales ojos en la máquina roja y lanzó una carcajada fuerte e interminable, más fuerte e interminable que nunca.

En eso vió que el hierro y el cristal de que estaba compuesta la máquina tomaban la forma de Felisa, la institutriz de Matilde.

Esta, al oír la burlona carcajada del ave, se encolerizó de tal manera que se le enrojecieron los cachetes y le brillaron los ojos como el cristal de la máquina de retar en que había estado convertida.

### XIII

#### *El prodigio*

Apenas el pajarraco lanzó su carcajada al revés, todos los seres y las cosas, como por arte de magia, volvieron a su primitiva condición. La máquina de lavar se volvió dama de compañía, la granja se convirtió en rey, y todos los demás recuperaron su anterior forma. ¡Hasta Matilde notó que su maravillosa inteligencia se había apagado como un cabo de vela consumido!



*Vió que todos los gorriones...*

El propio cacatucán sufrió una extraordinaria transformación. En el acto se desdobló, con lo que una mitad fué tucán y la otra mitad cacatúa.

El rey, agradecido por la feliz solución que se había dado a las cosas, dispuso que Matilde y su institutriz regresaran a su casa, escoltadas con el ejército entero, cosa que podía realizarse, pues los soldados ya no estaban disfrazados de salchicha, sino que eran jóvenes apuestos que lucían brillantes uniformes.

De todas maneras, el regreso de la chica y su institutriz se realizó en la forma ordenada por el monarca.

\* \* \*

A la mañana siguiente, apenas Matilde se encontró con su institutriz, intentó hablarle de Tierra Verde, del Cacatucán y del rey-granja, pero no pudo continuar, pues la mujer le dijo:

—¿Qué tonterías me estás contando? ¡A ver si te callas!

Muchas veces trató de que su institutriz se equivocara de ómnibus, única manera de llegar a Tierra Verde, pero una sola que lo consiguió, el ómnibus, en lugar de llevarlas al maravilloso país, las condujo a los mataderos. Y es que ninguna niña debe hacerse la ilusión de que se pueda ir más de una vez a Tierra Verde.



**F I N**

SC  
Lij  
CLA  
40





CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

40